

UNA SEMBLANZA DE JUAN LINZ

ROBERTO GARVÍA (1)

Lo que sigue es una semblanza personal de Juan Linz. Le conocí allá por 1987, en un ciclo de conferencias organizado por la Fundación Juan March. Era la época en la que todavía algunos discutían si se podía dar por consolidada la Transición y otros pocos continuaban cuestionando la independencia intelectual de Juan por haberse atrevido calificar el franquismo como «régimen autoritario», un término fletado por él. Pero, al margen de estas polémicas, hoy ya olvidadas, lo que me encontré en el pequeño auditorio de la Fundación fue un científico de primera clase. No sólo por la extensión de sus conocimientos, sino también por la pasión con que los comunicaba. Es en esta pasión en la quiero detenerme.

Muchos colegas que tuvieron la suerte de conocer a Juan coinciden en su generosidad, su interés por saber los detalles de nuestros trabajos, qué nos traía de cabeza, qué investigaciones estábamos llevando a cabo. Pues aunque siempre tuviera otros muchos compromisos pendientes, Juan no ahorra tiempo a la hora de escuchar y ayudar a otros investigadores. Esto también es parte de aquella pasión. De ello me di cuenta cuando tuve la suerte de tenerlo como director de tesis. Fue una decisión arriesgada, pues Juan se había ganado cierta reputación de supervisor riguroso, siempre solicitando más datos, más reflexiones, más cambios: menos citas y más sustancia. Pero uno no podía quejarse: era su estilo, y él se lo aplicaba a sí mismo sin descanso, introduciendo modificaciones siempre de última hora en lo que estaba a punto de entregar para su publicación o, como lo han sufrido José Ramón Montero

(1) Profesor Titular de Sociología en la Universidad Carlos III de Madrid.

y Jeff Miley al editar sus *Obras Escogidas*, cambiando y actualizando lo ya publicado. No, una tesis es algo muy importante, me dio a entender. No es un trámite en una carrera burocrática. Una tesis sirve para dar respuesta a una pregunta que necesita una respuesta. Porque, si damos con ella, ayudamos a resolver un problema. Esta era la cuestión. Las ciencias sociales, tal como me enseñó Juan, sirven para resolver problemas; esto es, para evitar sufrimientos. Una buena explicación de la quiebra de las democracias no sirve para subir escalones en el gremio o para acumular citas. Eso es lo de menos. Una explicación sobre el colapso de las democracias o sobre los que estemos estudiando sirve para mejorar decisiones futuras, para evitar sufrimiento y dolor. Para eso sirven las ciencias sociales, porque detrás de los datos y de las especulaciones teóricas hay personas de carne y hueso, que quieren vivir sus vidas sin miedo. Y esto se podía aplicar al funcionamiento de las democracias, pero también a cualquier otro tema de investigación que pudiera ayudar a entender y construir sociedades buenas, compuestas de personas que, aún con distintos planes de vida, ven reconocida su dignidad como personas.

Juan era un científico de primera clase, sin duda; pero no era un científico obsesionado por encontrar la verdad la verdad. Para él, las ciencias sociales eran sólo un instrumento para evitar errores, para evitar sufrimientos. Por eso al principio Juan identificaba a sus doctorandos como problemas. Sabía nuestros nombres, pero éramos ante todo «la de la Guerra Civil» (Paloma Aguilar), «la de México» (Helena Varela) o «el de los ciegos» (el que escribe). Al sentarse para discutir durante horas nuestras tesis, el mensaje era algo así como «vamos a ver qué podemos hacer tú y yo para entender este problema, y así mejorar en lo posible la vida de las personas, que son quienes están detrás de las cosas que estamos estudiando». De ahí su enorme capacidad de trabajo, su constante hacer y rehacer trabajos ya publicados, su nivel de exigencia con sus doctorandos, su nivel de exigencia consigo mismo. Porque detrás había personas, y evitar su sufrimiento y mejorar sus vidas es lo que hacemos los científicos sociales. Esa era la pasión de Juan.